

## Domingo II de Pascua. Ciclo B.

Jn. 20, 19-31

### a. Contexto

¡Felicidades, aleluya, feliz Pascua de Resurrección, compañeros! En el tiempo pascual resulta conveniente recordar que los pasajes bíblicos son obra humana, además de originarse en la iniciativa divina (Inspiración).

Por ser de autoría humana, utilizan sus autores los recursos y los instrumentos adecuados para su composición, con objeto de llegar mejor al sentido último de los textos en cuestión.

Es decir, que a la hora de leerlos interpretativamente se trata de determinar el contexto literario, social, histórico, cultural o religioso donde nacieron.

Y eso, antes de aplicarlos a la realidad presente donde son leídos o celebrados litúrgicamente. La Comisión Bíblica en 1993 hablaba de las disciplinas sistemáticas a las que se debe acudir.

Hay que ir a ellas como a unas auténticas ciencias (¡no sólo lo son las llamadas 'ciencias positivas': física, química, biología, etc.!), para llegar más racionalmente a la lectura adecuada de lo que en la Biblia se dice.

Y todo esto, aparte de la dimensión religiosa o de fe. Dicha lectura contextual desde presupuestos más científicos, de un pasaje bíblico es previa y base ineludible a la celebración y a la lectura interpretativa desde la fe.

Ésta la debe hacer cada cristiano dentro y desde su comunidad de fe en la Iglesia. Dentro del texto que hoy nos atañe, el paso *joaneo* presenta ante la mirada del creyente el panorama de la experiencia sobre el Resucitado.

Es una experiencia muy varia y plural, que ofrecen los 4 Evangelios canónicos. Así, en el caso de Juan, hoy asistimos a la tercera y la cuarta de las escenas *posresurreccionales* (Jn 20,19-23, y Jn 20, 24-29, respectivamente).

Añádase a esto la conclusión de Jn 20, 30-31 acerca de la selección que hace el primer redactor, puesto que luego se añadirá al Libro del evangelio de Juan el cap.21.

La centralidad de Jesús en medio de la comunidad cristiana primitiva como Resucitado vivo, el mismo que fue crucificado, origina confianza y seguridad en los discípulos, al mostrarles los signos del triunfo sobre la muerte.

De ahí que la comunidad esté llamada a ser testigo de Jesús en el mundo. Ella ha tenido y tiene experiencia del Resucitado, porque es el lugar natural donde Él ha manifestado su nueva situación de Hombre Nuevo (cf. Jn 20, 28).

Superada la tentación de Tomás de querer obtener una demostración de la

Resurrección de Jesús al margen de la Iglesia, ésta reconoce al Hombre-Dios en el propio Jesús histórico, para invitar a hacerlo a las comunidades del mundo.

## **b. Texto**

Resultan claramente diferenciadas las dos secciones de esta perícopa:

-Jn 20, 19-23: Jesús vuelve a sus discípulos y les otorga la fuerza de su Espíritu;

-Jn 20, 24-29: la primera incredulidad de Tomás, que se transforma, por la palabra y el gesto de Jesús, en modelo de fe, se realiza sólo y exclusivamente entre los suyos y nada más que ahí.

Vamos por partes. En primer lugar, el relato de la aparición de Jesús por la noche se parece a Lc 24, porque la experiencia real del Resucitado que viven los discípulos encuentra la expresión del relato de apariciones.

En ese clima se experimenta la alegría de estar con Cristo, de recibir su Espíritu y de sentirse enviados a la misión de anunciar la buena nueva del Evangelio.

La paz equivale ahora a estar junto a, a experimentar la presencia de Cristo Resucitado. Superado el miedo, Jesús muestra su costado, sus heridas, para hacer ver que Él es el que vivió, fue crucificado y murió.

Este dato realista, junto con la descripción tan atípica de su aparición muestran en su contraste tal vez la especial experiencia del Resucitado que vive la Iglesia primera.

Como segunda reflexión de este día nos encontramos con la figura de Tomás y lo que ella significa para la fe cristiana. De entrada, Tomás no se fía de la palabra de los otros discípulos: rechaza creer por el testimonio.

Sin embargo, justamente eso es lo primero que tendrá que aprender a hacer. Aunque Jesús muestra sus heridas a Tomás, no se lee en el texto que éste verificara las correspondientes pruebas, le bastará el reproche de Jesús.

De la boca de Tomás nacerá el mayor acto de fe en la historia: la confesión de Jesús como Señor y Dios, texto único del N.T. donde se explicita tan claramente la Divinidad de Jesús.

La riqueza del misterio de Cristo nos viene manifestada-con su correspondiente hipérbole-en los vs.30-31 acerca de la imposibilidad de escribir todo lo referente a Jesús.

De ese misterio viven los creyentes siempre, participando de la vida eterna (cf. Jn 3, 15s.).

## **c. Para la vida**

¡Ésta es nuestra fe, hermanos! Como la de Tomás, cerrada a veces, ofuscada por la necesidad de pruebas al estilo de la experimentación científica, como nos tiene acostumbrados la Modernidad.

¡Bendita sea la prueba científica, pero para aquellas esferas de la realidad que la exijan, no para otras! Porque, igual que le sucedió a Tomás, nos puede pasar a nosotros.

Los hombres del siglo XXI, llamados a utilizar la razón, a pasar por la racionalidad en nuestro hacer diario, en nuestras relaciones sociales, etc., se nos puede ocurrir creer que todo es comprobable científicamente.

Y es que, en el fondo, identificamos ciencia con razón, como si no fuera razonable el amor, la capacidad de perdonar, o la búsqueda de sentido último de las cosas o la confianza, o el riesgo por una causa justa...

...O el sentido de la amistad, o el saber perdonar, o sea, las actitudes humanas! Haríamos muy bien los que nos decimos creyentes, si en el campo de la educación ayudáramos a las nuevas generaciones...

...Si les invitamos a entender que la fe cristiana es un gesto muy profundamente humano- y, por tanto, 'racional' incluso sin ninguna demostración científica-, a la vez que religioso y divino.

La tentación de Tomás no debería privarnos del gozo de sabernos elegidos por el Señor para anunciar el Evangelio. Pero esto, siendo hijos de Dios, por el don de su Espíritu.

Quiero decir, amigo/a creyente en Jesús, no por táctica, o por mera afición juvenil, o porque nos guste el 'lío', o porque quizá descubramos que encajamos en el rollo juvenil, pongo por caso.

Esos factores son estupendos por supuesto, y constituyen la materia con la que contamos para sentirnos-para ser-, para transformarnos gracias al Espíritu.

El caso es que la fe en Cristo Resucitado implica algo más: implica saber que Cristo nace a una vida nueva en su Humanidad. A mí se me ocurre en esto distinguir entre revivir y Resucitar.

Jesús resucita, su Humanidad nace a una vida glorificada por el Padre que lo resucita(cf. Rom 10). Revivir hubiera supuesto algo parecido a volver a las andadas: dolor, alegría, finitud...

¡Para ese viaje no habrían hecho falta tantas alforjas! ¿Qué me dirías, hermano, si te recuerdo que creer en el Resurrección conlleva haber experimentado alguna vez algo semejante a renacer a algo?

Se me ocurre sugerirte que, poniéndole nombres a ese 'algo', sería atrayente hablar de resurrección humana y de Resurrección en Cristo a la gente actual: ¿y si lo intentamos, hermano/a que anuncias el Evangelio...?